

EL LENGUAJE EN LA PRACTICA DEMOCRATICA

POR

MARIO SORIA

1) Cuando discurremos acerca del lenguaje en la práctica democrática, tratamos de un asunto en que están inescindiblemente unidos política, filosofía, moda, publicidad, periodismo, etcétera. Como, por otra parte, aquí no analizaremos nuestro tema desde un punto de vista estrictamente lingüístico (no tenemos tiempo ni competencia para ello), sino que sólo presentaremos las observaciones y objeciones que cabe hacerse a tal modo de comunicación, no será de extrañar que toquemos varios otros puntos primero y además del lenguaje.

Así, pues, ante todo determinaremos de qué democracia vamos a hablar, puesto que existen mil variedades de este concepto: democracia popular, socialista, conservadora, liberal, nacionalista, directa, cristiana, por delegación, coronada, presidencialista, parlamentaria, corporativa, etc., según que una tendencia económica, el predominio de ciertos órganos estatales u otra característica cualquiera especifique el régimen.

Tomando las cosas desde arriba, establezcamos una definición general del término, y para ello nada mejor que preguntar a dos especialistas de la materia. Aristóteles, examinando los gobiernos de su época, dice haber democracia si del poder son dueños los ciudadanos libres y éstos forman la mayoría de la comunidad (1). El padre Suárez, por su parte, sostiene regirse la democracia «per totius populi suffragia» (2), en lo cual coincide con el filósofo griego, pero añade ser la democracia el sistema que dimana «ex sola naturali institutione», connatural a una comunidad libre, supuesto que ésta no eligiere otra forma de gobierno (3). Ambos autores, no obstante la época diferente en que viven y la índole tan diversa de sus análisis (mucho más deductivo y apriorístico el del español), están de acuerdo en algo fundamental: la democracia es tan sólo un sistema de gobierno, ni más ni menos legítimo que otros, dependiendo su existencia de la opción ciudadana.

Esta condición esencialmente relativa sujeta la democracia,

(1) *Política*, 1290 b líneas 17 y sigs.

(2) «*Defensio fidei*» (Coimbra, 1613), 218 b.

(3) *Op. cit.*, 220 a.

lo mismo que los regímenes distintos de ella, no sólo a las contingencias históricas, sino a leyes y principios éticamente inconculcables. Es lo que Pío XII, en su célebre mensaje navideño de 1944, denomina «sana democracia», vale decir «la fundada en los inmutables principios de la verdad natural y las leyes reveladas», «contraria a aquella corrupción que atribuye a la legislación del estado un poder sin freno ni límites, y que hace también del régimen democrático, a pesar de las contrarias, pero vanas apariencias, un puro y simple sistema de absolutismo» (§ 28).

2) De la democracia considerada, según las definiciones anteriores, como una de las formas plausibles de gobierno, con sus ventajas y sus inconvenientes, más o menos adecuada a la tradición y el carácter de cada pueblo, siempre sometida a principios que no pertenecen al campo de la política, de tal democracia no hablaremos aquí. La hemos traído a colación sólo como contraluz de nuestro tema, porque a veces los contrarios se aclaran por sus contrarios. Hablaremos de la que empieza arrogándose un poder absoluto y acaba considerándose por encima del bien y del mal. De semejante democracia nos instruye, por ejemplo, el «Tratado teológico-político», de Benito de Espinoza, pensador que probablemente sea el primero que aplique en concreto a este sistema político las ideas alumbradas por Maquiavelo y Bodino. Explícitamente el holandés denomina «democracia» al régimen surgido del pacto social primitivo, de manera que «sea la unión de todos los hombres en una colectividad que tiene derecho soberano sobre todo aquello que esté en su poder» («*quae proinde definitur coetus universus hominum, qui collegialiter summum jus ad omnia quae potest, habet*») (4). Y para que no haya duda acerca del asunto (no fuera a entenderse el término «democracia» en el sentido antiguo de «*res publica*»), el autor caracteriza dicho régimen como el sistema en que los ciudadanos, transfiriendo sus derechos a la mayoría de la comunidad, siguen, sin embargo, iguales, conforme lo eran en el estado de naturaleza, etc. (5).

Nuestra época ha ido todavía más lejos que el filósofo de

(4) Vale la pena conocer el pasaje entero, fundamento y conclusión: «*Si nimirum unusquisque omnem, quam habet, potentiam in societatem transferat; quae adeo summum Naturae jus in omnia, hoc est summum imperium, sola retinebit, cui unusquisque, vel libero animo vel metu summi supplicii, parere tenebitur. Talis vero societatis jus Democratia vocatur, quae proinde definitur coetus universus hominum, qui collegialiter summum jus ad omnia quae potest, habet*» («*Tractatus theologico-politicus*», XVI, en «*Benedicti de Spinoza opera quotquot reperta sunt*», I (La Haya, 1919), pág. 262.

(5) *Op. cit.*, 264.

Amsterdam. La democracia, siguiendo un proceso que no nos corresponde describir aquí, ha dejado de ser un régimen político para convertirse en una concepción omnicomprendiva del mundo y del hombre. Así, cabe llamar a la democracia, como lo hace un escritor español, «evolución natural de la humanidad» (6); o sostener —siempre el mismo autor— que «la edad democrática nos da ya, y nos la dará cada vez más perfectamente, una aleación fecunda de lo individual y lo colectivo, del orden y la libertad, la ciencia y la religión» (7), concluyendo que «con el verdadero triunfo de la edad democrática se anuncia la verdadera grandeza de Grecia y Roma, las persistencias creadoras de Oriente, lo inmortal del liberalismo, etc.» (8). A quien hiciere sonreír tanto entusiasmo, le diremos que el tema siempre despierta la vena lírica, hasta en un inglés, caso de Tomás Payne: «La época actual merecerá que, en lo sucesivo, la llamen edad de la razón, y la generación de hoy será para las venideras el Adán de un mundo nuevo. Cuando todos los gobiernos de Europa hayan establecido el sistema representativo, las naciones se conocerán unas a otras, cesarán los prejuicios fomentados por la intriga y el artificio de las cortes, será libre el soldado y el pobre marinero, al que ya no arrastrarán por las calles como un felón, seguirá en paz su viaje de negocios» (9). De la misma fuente de milenarismo laico brotan las profecías de Francisco Fukuyama, japonés injertado en la burocracia de Washington.

3) ¿Cuáles son las características de tal democracia? En primer término, el concepto de la sociedad como una gigantesca empresa de explotación del hombre y de la naturaleza, siendo el estado director o gerente de la misma. Por consiguiente, la democracia moderna junta el poder económico y el poder político hasta un extremo del que sólo el comunismo de nuestros días y el Egipto antiguo ofrecen precedentes. Es cierto que el sistema que analizamos deja cierta libertad a la iniciativa individual, pero ésta tiene que obrar dentro de límites muy estrechos y en íntima relación, si quiere tener éxito, con los administradores del erario y cabecillas de toda la actividad social. Muy mal vistas son las veleidades de rebeldía y los intentos creadores indisciplinares.

Esta condición política impregna el espíritu y regula la vida entera de los ciudadanos de una democracia. Constituye la atmós-

(6) ALICIO GARCITORAL: *La edad democrática* (Nueva York, 1965), pág. 134.

(7) *Op. cit.*, 269.

(8) *Op. cit.*, 424.

(9) *Rights of man* (Inglaterra, 1969), pág. 290.

fera en que vivimos, nos movemos y somos, como diría San Pablo, y que a menudo tomamos por la naturaleza misma de las cosas, sin advertir que es, precisamente, lo opuesto a ella. Tal atmósfera, en su versión teórica o conceptual, es la ideología que nutre nuestro pensamiento y nuestros gustos, que ha formado nuestros hábitos y hasta parece haberse incorporado a nuestro ser, como el alimento al cuerpo. Lo que sostenemos lo expresa de forma óptima Jorge Uscatescu, cuando escribe: «Hoy todo es sistema» (10). El sistema es la democracia liberal victoriosa. A la derrota, al menos momentánea, del comunismo, ha correspondido el triunfo del liberalismo, que reina sin rivales temibles. Esta ideología es el principio filosófico, religioso, moral y político supremo, del que no debe uno apartarse, si quiere vivir y actuar civilizadamente. Es pedagogo universal, criterio inamovible. Hasta el oponerse a él indica un continuo tenerlo a la vista. Igual que David a Dios, podemos decirle a la democracia: si subiera al Cielo, allí estás tú; si bajara al Infierno, estás presente.

¿Qué opinión profesas? ¿En cuál facción te has alistado? ¿De quién eres secuaz? Para responder a dichas preguntas no se necesita hablar expresamente de política, porque actitudes, anhelos, aspiraciones, educación y costumbres forman un lenguaje más elocuente que la palabra. La democracia, al considerar que no existe libertad alguna fuera de ella, convierte la vida, desde el nacimiento hasta la muerte, en una especie de militancia partidaria permanente, dando a los actos más triviales una trascendencia inusitada, porque todo expresa, de un modo u otro, el sistema triunfante. El usar tales o cuales palabras, veranear en este o aquel lugar, ponerse o no corbata, ver determinados espectáculos, amueblar la casa siguiendo cierto estilo, todo tiene un sentido anejo al sentido obvio, que se sobrepone a este último, lo borra y convierte la existencia cotidiana en una especie de profesión de fe política.

¿Y qué lenguaje corresponde a este régimen? El que estuviere en total dependencia del Leviatán político, económico y social. Por lo tanto, no consiste el lenguaje en un conjunto de voces razonablemente ordenado, mediante el cual se comunican las ideas y que refleja en su léxico y construcción la naturaleza de las cosas y del hombre, amén de las mil circunstancias de los mismos. Al contrario, el lenguaje adquiere una idiosincrasia extraña a su origen y constitución: se convierte en instrumento de dominio. La palabra no sirve para significar y transmitir la ver-

(10) «Del narcisismo a la violencia», en *Verbo*, núm. 285-286, página 684.

dad, sino casi exclusivamente para convencer. El lenguaje, sea el que fuere, resulta propaganda o publicidad. Y esto es aplicable tanto al discurso político como a los medios de comunicación, con su torrente de imágenes, música y palabras. Antaño se admitía, ciertamente, el arte de persuadir, captar, inducir, incitar. La retórica tenía mil artificios catequizadores. A Hércules, para demostrar el poder de la elocuencia, lo representaban llevando en pos de sí hombres, mediante cadenas que salían de la lengua de aquél. Nadie, sin embargo, exceptuados los sofistas, consideraba que esta función suasoria fuese la única o preferente del habla. Hoy, en cambio, lo ha invadido todo una retórica menos minuciosa y escolástica que su predecesora, pero infinitamente más efectiva.

4) De otra parte, sigue propugnándose la libertad de opinión, conforme a la cual se plasma la voluntad de la mayoría. Más aún: esa libertad se ha vuelto por definición ilimitada. Ya no existe norma jurídica que impida pensar y decir lo que se quiere, salvo la alteración del orden público y, a veces, la difamación. Los hombres hablan sin trabas y las ideas no conocen aduana, divulgándose entre toda clase de personas y del modo que a sus fautores les pareciere mejor: oralmente o por escrito, privada o públicamente, mediante imágenes o sonidos, desde la cátedra o rodeado el orador de un grupo de curiosos en la calle.

Naturalmente que la palabra y la doctrina más afines al espíritu del público son las que se esparcen con mayor rapidez. Nada importa al respecto que sean o no verdaderas; abrumadoramente pesa el hecho de que calen en la multitud. El charlatán más hábil consigue más oyentes y los convence mejor. Sea el que fuere el asunto: política, religión, filosofía, literatura, educación, los predicadores proceden de idéntica forma, ensalzando su mercadería, desacreditando a sus rivales, abaratando el precio. De esta manera, inevitable resulta que la libertad de opinión termine siendo poco menos que un calco de la libertad de comercio, vale decir que tienda al monopolio o al oligopolio, caso de que los grupos antagónicos sean los suficientemente vigorosos para no anularse unos a otros, viéndose obligados a un reparto del mercado de las almas. Únicamente la astucia y la fuerza deciden lo que ha de pensar el público. Como en economía, la libertad de opinión, con todas sus derivadas (de conciencia, palabra, cátedra, prensa, etc.), termina en un despotismo disfrazado. Pascal observa atinadamente: «No es bueno ser demasiado libre» (11).

Es, por lo tanto, ingenuo quien crea que en el mundo de-

(11) *Pensamientos* (Buenos Aires, 1984), XXV § 73.

mocrático nace la opinión de modo natural y espontáneo; poco menos que como las flores en primavera, gracias a la reflexión de los ciudadanos que coinciden o discrepan entre sí. E ingenuo, también, quien piense que a ninguna opinión se persigue, ni abierta ni solapadamente. Huelga indicar que no hablamos de persecuciones gubernamentales o policíacas. El arte de ser tolerante profesando la intolerancia más brutal y de hostilizar a los contrarios, so pretexto de defender la libertad, se practicó con éxito ya en el siglo XVIII. En esa época había una especie de vigilancia distinta de la vigilancia oficial: se habían constituido cenáculos encargados de ensalzar a los afines y de desacreditar a los adversarios. La efectividad de tales campañas ideológicas las sufrieron, por ejemplo, los escritores hostiles al enciclopedismo, escritores que padecieron el ostracismo en vida y aún soportan un castigo póstumo, ya que sus nombres han caído poco menos que en el olvido, pese al saber, la perspicacia y el ingenio que demostraron, con frecuencia superiores a los de sus enemigos. Actualmente, el poder de camarillas y conciliábulos, junto al influjo omnipotente de la moda, es capaz de expandir el contagio por toda la sociedad, desquiciándola con una fuerza que ni imaginaban los envenenadores antiguos. En cuanto a la denigración metódica, también se ha perfeccionado, porque, aparte del acosamiento legal, que a veces todavía se esgrime, ahora se emplea el silencio, en lugar del desprestigio y la polémica de antaño. Los disidentes, sean del género que fueren, están prácticamente muertos y enterrados. Nadie los elogia, nadie los impugna, nadie los premia, nadie los vitupera. Y cuando es imposible ignorarlos, se los tolera con burlesca condescendencia, como muestra de magnanimidad social. ¿No es este el caso, entre otros, de Cioran y de Solienitzin?

De los medios de comunicación procede hoy casi la totalidad de las ideas. Ellos claman por la libertad de información, pero entienden este término en el sentido de formación del público. Lejos de ser tribuna donde discutan con igualdad toda clase de doctrinas, forman un gigantesco consorcio que difunde una ideología general, no embargante alguna divergencia de detalle entre los miembros del mismo. Esta situación la ilustran, por ejemplo, los contrastes y coincidencias de los diarios socialistas, liberales y conservadores, tan opuestos unos a otros en lo accesorio, tan acordes en lo fundamental. Los medios de comunicación dan a sus ideas predilectas un sentido aceptable; acuñan las palabras necesarias para divulgar aquéllas o alteran el significado de los términos ya existentes; halagan las pasiones del público y saben convertirlas en colaboradoras suyas; adoctrinan, porfían, son pa-

cientes como buenos profesores con un menor díscolo; en ocasiones hasta defienden la verdad, siempre que de matute pase con ella la mercancía averiada. En suma, intentan hacerse pedir de la opinión pública lo mismo que ellos le han insuflado.

¡Cuántas oportunidades de transformar la realidad mediante la palabra y la imagen oportunas! Sugerencias, mensajes subliminales, adulteraciones imperceptibles de la verdad, tesis filosóficas o políticas enmascaradas con el entretenimiento. (El cine, especialmente el norteamericano, tiene en esto una habilidad soberana). Difusión solapada de un idioma que sirva de soporte a tal o cual imperialismo. Recordemos, al respecto, la denominación que dio la prensa durante muchos días (y todavía hay periódicos que la siguen usando) a la capital de Kuwait: «Kuwait City», como si se tratara de una población de Oklahoma o de Súrrey. Se había anglicizado lo que sencillamente era «ciudad de» o «capital de», dicho en la lengua que comunicará la noticia, o, si se quería transcribir la denominación nativa, debía de ser algo así como «Madina al-Kuwait». Pero, ¿cómo perder la oportunidad de trufar un suceso con alguna alusión tributaria de la moda?

5) Al no existir, por definición, ni ley ni principio que coarte la libertad de expresión, tampoco existe defensa alguna contra la falsedad verosímil, salvo en personas o comunidades cuya instrucción, religiosidad o apego a las tradiciones las preserve del engaño. ¿No asistimos, a propósito, a la lucha entre el peor Occidente y muchas sociedades musulmanas, aferradas a sus costumbres seculares, a la concepción religiosa de la vida, a un idioma que apenas ha cambiado desde hace un milenio?

Las normas que no dependen del arbitrio individual o social, se consideran a menudo sólo negativamente, en su aspecto de restricción o prohibición, pero no como el conjunto de nociones que dan seguridad a la vida, advirtiendo de los errores, apartando de los peligros, señalando la verdad, preservando la libertad misma (12). Eliminadas tales reglas gnoseológicas y éticas, únicamente queda la incertidumbre, que, en el caso del lenguaje, da origen a infinitas piruetas semánticas, según las características propias de cada saber o actividad humana.

(12) Sin caer en ciertas exageraciones de Arnaldo Gehlen, que llama al hombre «Zuchtwesen», «ente disciplinable», teniendo en cuenta el sentido doble de «Zucht» (y también de «disciplina»): «educación» y «castigo»; nos parecen acertadas las observaciones del alemán sobre la ley y la moral como garantía ambas de la vida física del individuo y alumbradoras de la idiosincrasia misma del ser humano: «Der Mensch» (Bonn, 1950), págs. 64 y sigs.; 385 y sigs.

6) Así, la versatilidad del lenguaje político nace, aparte de otras causas como la vida urbana, agitada por toda clase de vicisitudes, y de ciertos hábitos mentales; nace —decíamos— de la autonomía absoluta de la democracia moderna, autonomía entendida de modo que el cuerpo social no esté sujeto a ley alguna que no proceda de una decisión del mismo. Esto le concede al régimen respectivo un poder ilimitado. Se afirmaba que para el parlamento inglés todo era posible, salvo convertir a un hombre en mujer, y viceversa. Hoy, como también esto último se logra hacer, el mundo entero se ha vuelto parlamento inglés. El estado se ha hecho dueño de las palabras, igual que de las almas y los cuerpos. Con menor rudeza que el Stalin reformador del habla, pero con mayor éxito todavía, la democracia liberal legisla, influye, modifica, trastorna el lenguaje. Este resulta fruto de un sistema ideológico, de emociones, de errores, de prejuicios o de cualquier otra circunstancia pasajera.

7) ¿Y cuáles son las ideas cuya expresión corresponde a ese lenguaje? Excesivo quizá sea hablar de ideas. La opinión de la mayoría se compone de razonamientos muy simples, casi embrionarios, que por lo general no superan los que pueda concebir un adolescente no muy avisado. Lo que sí abunda en esa opinión son las impresiones, deseos, tendencias de continuo excitadas. Por esto, no nos estrañe que se porfíe en cuanto concierna al sexo, hasta convertir la insistencia en insufrible martilleo. Vale la pena que nos detengamos unos momentos en ello, puesto que el sexo ocupa el pensamiento de jóvenes y viejos, es materia de sesudos debates jurídicos, enriquece a sus patrocinadores, hace famosos a filósofos y artistas. Pero no el sexo a secas, porque eso resultaría demasiado burdo y hasta menos eficaz a la larga, sino el sexo con ínfulas intelectuales, mezcla de un Freud vulgarizado y de la sociología marxista, batiburrillo de donde surge una especie de ética al revés, que ensalza la lujuria y casi obliga a entregarse a ella. Salen a escena conceptos altisonantes como «progreso», «liberación», «amplitud de moral», «autonomía», etcétera, y a quienes ni siquiera han oído hablar de los moralistas nuevos, los encandilan las palabras, igual que a los salvajes su fetiche. Así, lo que sólo forma parte del hombre, se vuelve el hombre entero. Esto conduce a una chusca «Umwertung aller Werte», que diría Nietzsche, transvaloración de todos los valores. Buscar el goce genésico resulta el principio moral supremo. No tiene la vida otra meta. La castidad es contraria a la naturaleza. Publicidad y literatura se encargan de demostrarlo a cada momento.

No es necesario ser uno gazmoño para sentirse por los menos sorprendido, a causa de la reiteración con que la propaganda comercial emplea cierta clase de incitaciones. Y, sorprendido también, considerando la incongruencia de ofrecer una mercancía inocente o vulgar, casi como se ofrece al viandante un burdel. En efecto, véndase lo que se vendiere: ceniceros, lavaplatos, automóviles, tranvías, bolígrafos, ositos de felpa, chimeneas o papel de carta, siempre aparece en la publicidad respectiva una pareja en paños menores. Pero, si el profano ve un despropósito entre el objeto y el modo de presentarlo al público, los padres del anuncio, buenos psicólogos, conocen perfectamente el vínculo de una cosa con otra. La incoherencia entre la imagen y la mercancía es sólo aparente, porque lo que se sugiere es que la utilidad, el ahorro de tiempo, el gusto y demás que proporcione un objeto, se asimile al placer sexual, culminación —como ya señalamos— de la existencia humana. Imágenes y palabras componen un lenguaje inusitado, del que ha desaparecido el enlace racional y donde la palabra misma queda reducida a mero sonido, cuyo destino es casi únicamente llama la atención. Las interjecciones sirven para esto de maravilla.

Contaminado el lenguaje corriente, de la infección no se salva la literatura. Describir el sexo, extenderlo, ensalzarlo, angustiarse por él, defenderlo, añorarlo, descubrirlo en los sitios más inocentes, hablar de él como de lo máximo y único es función no sólo de la literatura pornográfica, sino de un sinnúmero de obras pertenecientes a las tradiciones literarias más dispares. Y a menudo el libro erótico mismo importa mucho menos que la lascivia en bruto de su autor. Esta carece de las sutilezas y requilorios de la pluma; es más adecuada al basto paladar de la mayoría. ¡Cuántas celebridades se fundan en la vida escabrosa! De la Beauvoir despiertan mucho menos interés sus teorías feministas que el número de colegialas que pasaron por la cama de aquélla. Genet debe bastante de su fama, mérito genuino parte, al haber sido presidiario y homosexual. Fernando Arrabal tuvo la feliz ocurrencia, a los comienzos de su carrera de escritor, de fotografiarse en calzoncillos cuadriculados o de lunares (no recordamos bien el importante detalle), y muchos se convencieron de que persona que así mostraba su intimidad era sin duda un genio. Cierto es que también los fervores antimarxistas del autor de «Carta a los comunistas militantes españoles» chafaron después el entusiasmo primitivo; pero, con todo, cabe decir que quien tuvo, retuvo. El señor Aranguren, agotadas ya la vena filosófica y la demagogia estudiantil, declaró que, a sus ochenta años, podía competir

con cualquier semental. Hételo convertido en uno de los pensadores más importantes del siglo xx. La notoriedad de Bruno Béttelheim estriba en haber descubierto tales obscenidades ocultas en la mayor parte de los cuentos infantiles, que ya nadie se atreve a confesar que ha leído *Caperucita Roja* o *La Cenicienta*. Y podríamos seguir indefinidamente.

8) Ya observamos que la opinión general es, en gran parte, producto de los medios de comunicación. Queda, no obstante el sutil aleccionamiento, abierta una anchísima puerta al capricho, si bien éste acaba a la postre domesticado y los dictadores de la palabra aprovechan sus pujos anarcoides para hacerle decir lo que ellos quieren que diga. Porque, curiosamente, en el mundo democrático la desobediencia suele estar mandada; el desorden, ordenado; la gana, reglamentada. Esto es palmario en la ropa, la comida y las costumbres. También con la palabra sucede lo mismo.

El lenguaje es fascista, afirma Rolando Barthes (13). Entonces, para escapar de la tiranía de las palabras, provistas de significado preciso y sometidas a la sintaxis de cada idioma, nada más adecuado que crear un mundo artificial, donde el sentido dependa enteramente de su creador, no de las cosas mismas ni de la tradición semántica y sintáctica. Esto se logra por la ambigüedad, la distorsión constante del sentido original, el crédito que una estructura verbal inusitada adquiere merced a la radio, la televisión y la prensa. También el modo erróneo o descuidado de expresarse los personajes públicos tiene gran poder para pervertir el lenguaje. El «catorceavo» de un ministro y el «contradizco» de otro no sólo revelan la incultura de ambos hablantes, sino que inducen a imitar esa incultura por parte de los papanatas. Semejante lenguaje se presenta como prototipo de modernidad; la imprecisión y hasta la falsedad significan progreso. En cambio, la exactitud, la pureza lingüística, la variedad morfológica, la riqueza de vocabulario constituyen una actitud reproachable, reaccionaria. El ideal del habla es la plebeyez, las muletillas, los circunloquios por falta de léxico, tal como parlotea la mayoría de los urbícolas, adoctrinados mediante la publicidad y los medios de comunicación. Universal es el fenómeno. A unos aspirantes españoles a periodistas les recomendaba cierto veterano tomar como ejemplo el «Mirror» londinense, cuyos editoriales nunca empleaban más de quinientas palabras distintas, como si toda la realidad se hubiese reducido a lo expresado por aquéllas.

(13) ROLF KLOEFFER: «Roland Barthes. Unterwegs im Reich der Zeichen», en *Neue Zürcher Zeitung*, de 8 de agosto de 1980, pág. 27.

En Grecia, la forma purificada del dialecto vulgar, *glossa katha-revoúsa*, heredera directa de la lengua clásica y que había sido uno de los soportes seculares de la nacionalidad helena, fue, por obra de gobiernos conservadores y socialistas, sistemáticamente proscrita de la enseñanza y la administración pública, en beneficio de un idioma relativamente muy pobre (14). El ideal de Atenas, como por doquiera, es el inglés.

9) La lengua así simplificada no es ya expresión de un pensamiento que, a su vez, refleje la realidad. Es ante todo —ya lo señalamos— instrumento de aleccionamiento y de dominio. Esto se comprueba examinando la publicidad; y también lo confirma el modo de hablar de los políticos. El hombre público que va perorando pueblo por pueblo, acariciando niños, sonriendo a las mujeres, accediendo a cuanto le pidan, añade a toda esta comedia un lenguaje adecuado, el mismo que truena en los parlamentos, decora los informes ministeriales, explica los programas partidarios, llenos de ofertas seductoras. Empleándolo, el político busca conseguir el poder y perpetuarse en él. Ese es su fin principal. No miente por el gusto de mentir, ni dice la verdad por el imperativo de ser veraz. Puede ensartar un embuste tras otro, lo mismo que lanzar verdades como puños, siempre que con ello impresione al oyente. El político no amonesta, si sabe que molestará inútilmente a su auditorio, compuesto de votantes futuros. Inquietará, excitará, sólo si así se atrae las voluntades. Promete, aun a sabiendas de que nunca satisfará sus promesas. Halaga, no importándole alentar con ello las peores pasiones de la muchedumbre. Además, ventea, como el mejor perro de presa, los temores, prejuicios, deseos de sus partidarios y de ciertas facciones de la sociedad. Si el pueblo quiere escuchar himnos de guerra, el político es el primero en entonarlos, porque cree que vale más la ruina de su país que perder unas elecciones. Cuando la multitud es remisa en servir bajo las armas, jamás se ve contradicha. El secuaz estricto de la democracia ideológica es, quíerala él o no, demagogo.

Este idioma proscribte el razonamiento, salvo el muy elemental y especioso. Corre de las premisas a las consecuencias sin reflexionar nunca. No examina la complejidad de una situación, porque el político tiene prisa y los oyentes también se impacientan. Los unos creen y el otro finge creer que Jauja puede instaurarse en pocos meses, merced a unas cuantas leyes, y que, si no se logra llevar a cabo el cometido, es por culpa del comunis-

(14) GREGORIO MANOUSAKIS: «'Eléfttheros Kósmos' und die griechische Politik», en *Criticón*, núm. 50 (noviembre-diciembre de 1978), pág. 304.

mo, el capitalismo, los terratenientes, el fascismo, los judíos, la Iglesia, la dictadura de hace cincuenta años o cualquier otro chivo expiatorio. La pobreza intelectual de este lenguaje es extrema, pero conserva el suficiente contenido para seducir a los simples. Cuando un político afirma que en un régimen socialista el estado le dice al ciudadano: ven, sentémenos y conversemos acerca de las dificultades, no imponiéndole soluciones, como lo hacen los regímenes autoritarios, ese político está diciendo una sarta de disparates, los cuales, sin embargo, no dejan de surtir efecto en los irreflexivos. Y si a ello se suman el ceceo andaluz y cierto desparpajo, puede descontarse el éxito.

La palabra manipulada es sumamente celosa. A veces, como el perro del hortelano, ni come ni deja comer. Si no prevé triunfos políticos o económicos, cabe que se despreocupe de continentes enteros; pero no permite que otro poder irrumpa en lo que juzga la democracia coto universal suyo. Africa, por ejemplo, salvo su parte meridional, ha dejado de llamar la atención de los periodistas, a pesar de la desertización, el hambre endémica, las enfermedades y las guerras tribales con sus horrorosas matanzas. Pero, hete aquí que viaja el papa a esos países y denuncia una situación atroz. Como la Iglesia, por su origen, su jerarquía y sus fines no es santo de la devoción de mucho político demócrata, llueven sobre el pontífice los dardos de los medios de comunicación, acusándolo de vanidoso, despilfarrador, trotamundos, amigo de déspotas, etc.

Para este lenguaje carece de importancia la contradicción. Ni los políticos ni los medios de comunicación se preocupan de armonizar sus palabras con los hechos; ni siquiera se preocupan de concordar las palabras de un día con las del día siguiente. Se afirma hoy lo que mañana se negará, sin tomarse la molestia de explicar si hubo error o mentira. Y cuando han transcurrido meses o años de un acontecimiento, con mayor desvergüenza todavía acreditan versiones antitéticas a las primeras que se sostuvieron. Recuérdese, por ejemplo, cuanto decía, antes del gobierno de Gorbachof, el diario *El País* sobre la revolución húngara de octubre de 1956 o sobre el movimiento polaco «Solidaridad», y compárese con lo que dice ahora. La más reciente de las adulteraciones, tanto en boca de los políticos occidentales de viso como en los papeles e imágenes de sus mandados, es, sin duda, el caso de Sadam Husein. Quien había sido amigo y buen cliente, por comprador de gases asfixiantes a Francia y Alemania, aviones a Rusia, tanques al Brasil, etc., aparte de haber tenido abiertas las arcas de Riad y de Kuwait, todo ello con la anuencia, huela

decirlo, de Estados Unidos, se ha convertido de pronto en «dictador», «tirano», «carnicero» y otras lindezas. No sirviendo ya la criada y habiendo salido respodona, nada impide revelar los crímenes que sólo de unos pocos eran conocidos. Y, en efecto, se han revelado, pero cuidando mucho de no mencionar claramente a los cómplices del iraquí, salvo a los rusos, cuyas anchas espaldas en la materia cargan con todas las atrocidades imaginables. La capacidad de olvido de la muchedumbre, la ignorancia y la superficialidad generales, el alud de noticias, su continuo sucederse, logran que casi nadie averigüe el porqué de tan radicales cambios.

La ambigüedad sirve de maravilla para tales metamorfosis. Por eso, el lenguaje de los personajes públicos, de tosca claridad, cuando trata de conseguir votos, se refugia en generalidades y lugares comunes, si tiene que enjuiciar un asunto complejo, disimular una derrota o un desacuerdo, encubrir la perplejidad. Nadie le pida entonces explicaciones a un político, porque éste se escurrirá como una anguila o se enfurecerá, con las consecuencias imaginables para el imprudente que suscitó el enojo del poderoso. El derecho de información, fundamental —según dicen— en cualquier democracia, suele reducirse a escuchar las consignas, sugerencias, enigmas o vacilaciones del gobierno, resobados y divulgados después por la prensa y la televisión.

10) El divorcio entre lenguaje y realidad también se hace palpable en otro aspecto, que parece la antítesis del cambio arbitrario: nos referimos a la hipertrofia de las abstracciones y al tomarlas por entidades genuinas, particularmente las abstracciones que no se establecen «cum fundamento in re», como dicen los escolásticos. Y sostenemos que este pulular de términos, con frecuencia extravagantes, parece lo contrario de las variación voluntaria de significado, porque, si bien se mira, procede de la misma fuente: el capricho y la desvinculación entre la palabra y el ser. Perdido el arraigo ontológico, las palabras siguen las modas de opinión, o bien crean su propio mundo semántico, de acuerdo con un sistema ideológico, universalizando tendencias, pareceres, intereses parciales. Las abstracciones también comprenden multitud de ideas confusas, de sentimiento indefinidos, de impresiones mal fundadas. Todo este contenido turbio parece adquirir inteligibilidad mediante la conceptualización. La mente no analiza la idea que así le presentan, contentándose, poco menos que a ciegas, con algunos vestigios razonables.

La conceptualización puede afectar a personas, hechos o cosas, a todos los cuales despoja de su carácter concreto y los funde

en gigantescas entidades, no producto de la suma de sus miembros, sino de una misteriosa síntesis semántica, inaprehensible por los sentidos e inexplicable para la inteligencia. Así, los conceptos de «estado», «banca», «pueblo», «burgués», «evolución», «revolución», «progreso», «reacción» y mil otros. Tales abstracciones, generalmente escritas con mayúscula, diríase que son visibles y tangibles, tan grande es su influjo y tanta la familiaridad con que se las menciona. En ningún caso se tiene en cuenta que no son sino pseudoentes, cuya consistencia estriba en los individuos a los que por comodidad se ha incluido en un nombre colectivo. Aparte de ellos, es un término vacío. Pero semejante conceptualización a menudo revela mucho más que la mera comodidad significativa. Cada una de esas realidades ficticias suele ocultar una idea-fuerza o energía mediante la cual se multiplican hasta el infinito los hechos o cosas que, aislados e incluso repetidos multitud de veces, no causarían el efecto que causan embutidos en una denominación general. El político que se apoye en lo que se llama «la nación», «el país», «los empresarios», «el partido», «la izquierda», «la derecha» o cualquier otra generalización similar, tiene para el vulgo mucho más respaldo que si pretendiera justificar su fuerza calculando los sufragios que ha ganado por despecho, los que afluyeron por interés, los que coinciden sólo a medias con cuanto él propugna, etc. La abstracción simplifica, a la vez que magnifica.

11) Para terminar este breve análisis, nos adelantaremos a una objeción que tal vez quepa hacérsenos: hemos criticado, como si no existiera otra forma de hablar que la de políticos, propagandistas y agentes de publicidad. Diríase habernos olvidado de la lengua natural de incontables personas, que se refieren a las cosas con los términos adecuados y cuyo oficio, profesión, sentimiento y cultura les ha dado un amplio vocabulario, correspondiente a una rica experiencia. Sin duda, hemos exagerado un ápice, como suele hacerse en casos parecidos, para poner de relieve la falta; sin embargo, no creemos haber sacado la materia de quicio. Hemos tratado de los términos y modos de expresión más en candelero en nuestra sociedad, de los que intentan modificar nuestro pensamiento y el verbo que lo manifiesta, apartándolos de la verdad, corrompiendo el lenguaje que todavía permanece puro. Y desde este punto de vista, de la aberración que ello significa, es seguro que nos hemos quedado más bien cortos.